

CLÁSICOS

Matilde Serao LA BAILARINA

Traducido por
Noelia Pousada Lobeira

Libros de
seda

La Bailarina

Matilde Serao



Capítulo 1

Carmela Minino, de pie junto a la cómoda, contó otra vez, como una autómatas, el dinero que guardaba en la carterita desgastada. Volvió a encontrarse con las mismas dieciocho liras (los mismos tres billetes de cinco y los mismos tres billetes de una) que el día anterior, que la semana anterior. Sacó del bolsillo el monedero que usaba para salir, donde metía la poca calderilla que tenía para pagar el ómnibus y para sentarse a una mesa a tomarse un vaso de agua, y tomó siete sueldos. Y, con un gesto pueril y triste, miró desolada y ansiosa a su alrededor, casi como si de las paredes desnudas de su cuarto o de los muebles modestos, todos ellos estrictamente necesarios, fuese a

aparecer por arte de magia algo de dinero con el que aumentar su capital insuficiente.

Ella había soñado con llevar ese año a la tumba de su madrina y benefactora una corona de flores frescas, una enorme corona de flores hermosas que llevara inscritas dos o tres palabras bonitas, palabras de afecto, palabras de reconocimiento inolvidable. En verano, moneda a moneda, privándose de muchísimas cosas, había logrado juntar cuarenta y dos liras. Soñaba con una corona de flores cada vez más colorida, cada vez más fragante, que llevar al cementerio donde descansaba Amina Boschetti. Es más, Carmela Minino había aceptado ir a bailar a Castellammare en agosto y septiembre, al estadio del Stabia Hall, al aire libre, con aquel empresario, Ciccillo Patalano, que pagaba poco y mal o que, a menudo, directamente no pagaba. Había aceptado, pese a sus sospechas respecto a Patalano, para no perjudicar el presupuesto de la corona; para aumentarlo, a ser posible. Había bailado en el escenario descubierto de madera, sudando en aquellas sofocantes veladas de finales de agosto, notando la malla de seda pegada al cuerpo,

resfriándose y volviéndose a resfriar con el aire fresco que venía del patio de butacas por mucho que se arrebuajara, en vano en la fina capa de lana negra cuando volvía a ocultarse tras las bambalinas.

¿De qué le había servido? El mes de septiembre había sido lluvioso: Castellammare había visto partir pronto a sus veraneantes, el Stabia Hall se había quedado desierto y, entre blasfemias de corazón y lágrimas de mentira, Ciccillo Patalano no había pagado a las bailarinas contratadas las dos quincenas de septiembre. Solo alguna que tenía un padre intrépido y más blasfemo que Ciccillo Patalano o un hermano que vivía a su costa y, por tanto, defendía sus intereses o un amante protestón llegó a arrebatarse alguna que otra moneda al malévolo jefe. Carmela Minino chilló y lloró, pero estaba sola, no tenía a nadie que la protegiera, y Patalano no le dio las cuarenta y cinco liras que le debía, la suma de un contrato que estipulaba una lira con cincuenta por noche.

Para ella fue un desastre financiero. Debía pagar la mitad del alquiler del mísero cuarto amueblado en el que dormía junto

con María Civita, otra bailarina tan desafortunada como ella pero que tenía en Nápoles un amante que, para sacarla del aprieto, le había mandado un giro postal de veinte liras. La pobre Carmela tenía que pagarle hasta fin de mes las dietas a un hostelero de Castellammare y necesitaba regresar a casa en tercera clase después de haber arruinado dos pares de zapatillas de baile en el escenario de aquel estadio y de haber manchado de sudor, por detrás de las rodillas, su mejor malla. La catástrofe de Castellammare y un penoso mes de octubre sin empleo menguaron gran parte de los fondos dedicados a la corona de flores frescas, y a Carmela Minino le daba un vuelco el corazón siempre que sacaba una lira de la cartera.

Así, el 1 de noviembre por la mañana, para honrar la tumba de su madrina no poseía más que dieciocho liras y treinta y cinco céntimos, de los que tenía que restar el dinero para ir y volver del cementerio de Peggioarele en un día en el que iba todo el mundo y las carrozas costaban un ojo de la cara, así como alguna moneda para llevarse cualquier cosa a la boca por la noche.

«¡Qué caras están las flores en esta época del año!», pensó mientras se ponía el sombrero para salir y una amargura secreta crecía en ella al creer destruido, de forma irrevocable, casi todo su sueño.

El día estaba nublado. Cuando Carmela Minino descendió los cuatro pisos de su cuarto en la callejuela Paradiso, en Pignasecca, y salió a la calle, a punto estuvo de dar media vuelta para tomar el paraguas. Se había vestido de negro, pese a que el luto por su madre hubiese terminado hacía más de seis meses, y daba la impresión de que iba a rezar por su benefactora en un profundo estado de duelo, pero, por otro lado, no había podido hacerse ningún vestido nuevo de invierno. ¡El día era tan incierto! Si se pusiese a llover, se le estropearía la pluma negra del sombrero, una antigua pluma que había sido parte de un glorioso traje de amazona y que cada verano, cada invierno, Carmela volvía a lucir, como si fuera nueva, sobre un sombrero rediseñado, después de rizarla con el dorso de las tijeras, con cuidado de no estropearla; aquella larga pluma algo raída que ella poseía desde hacía cinco

o seis años era una reliquia. ¡Y la lluvia estropea las plumas! Regresó a casa, invadida por feos pensamientos, y se sintió más tranquila al apretarse contra el pecho el mango de su viejo y leal paraguas, que de tantos chaparrones, en las tardes de invierno, saliendo del San Carlo, la había amparado.

Con el paso ligero propio de su oficio, mirando bien dónde ponía los pies, absorta en sus ideas poco alegres, Carmela Minino saludó con un avemaría a la imagen sacra de la Madonna della Pignasecca y bajó por la calle de Chiaia, donde estaban ubicadas las tiendas de los principales floristas napolitanos. Las paredes de Toledo y de Chiaia estaban cubiertas de carteles en conmemoración de los muertos: aquí se ofrecía cera, a tres liras por libra, para encender muchas velas ante las tumbas; allá se anunciaban coronas de canutillo poco costosas y resistentes; a lo lejos estaba el horario de la pequeña línea de ferrocarril Nola-Baiano, que hacía una parada en el cementerio de Poggioreale..., y se veían más y más ofertas de velas, de coronas. Incluso un hostelero ofrecía reposo y vino blanco en la calle del camposanto para

aliviar los corazones afligidos de los que venían de honrar a los difuntos. Todas las tiendas exponían coronas hechas de pasta de yeso, de canutillo, de flores secas, de brezos deshidratados y pintados de varios colores. La gente entraba o salía llevando una corona pequeña o grande y pasaban carrozas, privadas o de alquiler, repletas de gente vestida de negro, carrozas por cuyas ventanillas cerradas se veían anchas coronas de flores, algunas de ellas inmensas, hermosísimas.

Dos o tres veces, a Carmela Minino se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en la mísera suma que tenía bien guardada en la cartera, sin duda escasa en comparación con su deseo ardiente de cubrir de flores la tumba de aquella que lo había sido todo para ella, en la vida y en la muerte. Pero esas lágrimas que se había vuelto a beber causaron una especie de reacción: produjeron una exaltación muda y alacre, una urgencia impetuosa de afrontar y superar su destino aquella jornada. Por eso, sin vacilar, abrió la elegante puerta de cristal del establecimiento de Lamarra, el principal florista de Nápoles, y avanzó por el suelo de

mármol, que estaba un poco mojado, entre el ir y venir de la gente que compraba, que pagaba, que llegaba, que daba órdenes, que salía; entre el ajetreo de los muchachos de la floristería, que ataban las flores en torno a la estructura verde de las coronas, insertando las rosas de té sobre una base de helechos, disponiendo los crisantemos dobles sobre un fondo de hojas verdes. Pidió a un hombre de bigotes blancos, con el sombrero inclinado hacia un lado, sin rastro de timidez:

—Muéstreme coronas de flores frescas.

—Todas estas de aquí son encargos —respondió el hombre de bigotes blancos, que era Lamarra, reparando a duras penas en Carmela Minino y tomándola por una sirvienta.

Ella se quedó perpleja, empalideció y después se puso colorada. Observó las coronas que las manos rápidas del florista formaban con agilidad; contempló la base de rosas con una cruz de crisantemos blancos en el centro; miró toda aquella belleza, aquella riqueza floral algo triste.

—Más o menos, ¿cuánto cuesta una corona? —murmuró, tras tragarse de nuevo las lágrimas.

—Se la puedo hacer de cien liras, de doscientas liras..., como quiera —respondió Lamarra mientras entregaba el cambio a un cliente y anotaba un pedido para el día siguiente.

—¿De menos... de menos de cien liras no las hay? —preguntó Carmela Minino, roja como un tomate.

—Algo hay de sesenta liras, de cincuenta —respondió el florista, distraído, puesto que, absorto en sus asuntos, había visto a otro cliente con el que podía hacer negocio.

Carmela Minino guardó silencio unos instantes. Qué hermosas eran las coronas frescas, con aquellas delicadas flores de otoño que parecían nacer a propósito para adornar las tumbas de los muertos el 1 de noviembre; qué fragantes resultaban, con su aroma sutil y melancólico, todos aquellos tallos rematados con flores que concluirían su dulce vida sobre las piedras de mármol del camposanto, ¡cubriendo, con ternura, con su breve existencia, la frialdad y la dureza de las lápidas que llevaban un año abandonadas! Hizo acopio de valor para inquirir:

—Dígame, ¿cuál es el precio mínimo para una corona bonita?

Y Lamarra la miró, esta vez, con cara de desprecio, pues le parecía que aquella muchacha le hacía perder demasiado tiempo, y le respondió con sequedad:

—Treinta liras.

—¡Ah! —exclamó ella en voz baja.

Carmela se dio la vuelta despacio y salió de la tienda del florista, presa de un desaliento profundo. ¿Por qué había entrado allí, cuando no poseía más que dieciocho liras? ¿Por qué se había empeñado en ver todas esas bonitas flores si no se las podía llevar a Amina Boschetti? ¿Por qué anidaba aquella locura en ella, que tan pobre era, tan mezquina, tan desvalida, que no contaba con más recursos que sus propias piernas de bailarina, de las que a menudo los teatros no querían saber nada, sin más pan que llevarse a la boca que el que se ganaba con los *battements* y los *entrechats* que se pagaban a dos liras o a dos liras con cincuenta la noche cuando todo iba bien, cuando era el San Carlo el que pagaba?

Caminó hacia el final de la calle de Chiaia recriminándose tanto orgullo, tanta vanidad, tanta petulancia. ¿Quién se creía que era? No era más que una miserable bailarina

del montón, feúcha, nada atractiva, sin otro mérito que la juventud, sin otra cualidad que su resistencia inagotable, ¡y se atrevía a soñar con llevarle una corona de flores frescas a Amina Boschetti! ¡A Amina Boschetti! Pero ¿acaso no había sido Boschetti la estrella más alta, más refulgente, más inolvidable, insuperable, insuperada, del teatro San Carlo? ¿No había sido un milagro inefable, un símbolo de la seducción femenina, aquella suave figura fascinante con sus velos blancos, con el centelleo de sus corpiños adornados de oro y de plata como el cuerpo de una mariposa?

Y mientras caminaba así, sin destino, Carmela Minino evocó la figura poética e ideal de la gran Amina Boschetti con los vestidos napolitanos de *La muda de Portici*. La recordó tendida en el suelo, con ambos brazos formando un arco sobre la cabeza, coronada por la cabellera morena; la imaginó sonriente, con aquella sonrisa profunda que volvía divino el semblante donde la belleza tenía su trono. Aquella noche, en la función, Carmela Minino había admirado con su corazón de niña de diez años a aquella criatura

casi sobrenatural y había querido besar con ternura los piecitos alados de su madrina.

Ahora, ahora, todos los recuerdos se le agolpaban en la mente: se acordaba de aquella criatura preciosa, dotada de una hermosura extraña y poderosa, que había llevado una existencia de lujo y de placeres para luego despedirse de sus palacios, de sus villas, de sus amores, en plena juventud, en plena belleza. A Carmela Miniño le sobrevino más fuerte, más mordiente, el deseo de arrojar flores, muchas flores, muchas flores bonitas, sobre la tumba; la invadió el horror de su pobreza, de su impotencia. Y dio marcha atrás y, con brusquedad y con valor, volvió a entrar en la tienda de Lamarra.

—Escuche, escuche —urgió emocionada, muy pálida, apresurada, a Giovanni Lamarra mientras le asía un brazo—. Tiene usted que hacerme una corona de flores frescas por quince liras.

Este, amable, ablandado por el tono trémulo de la petición, le respondió con confianza:

—Hija mía, eso no es posible.

—Hágamela, hágamela... —suplicó ella, cada vez más inquieta, reprimiendo apenas el llanto.

—Las flores salen caras... —apuntó Lamarra, ya privado del espíritu implacable que era de esperar en el principal florista napolitano.

—No importa... Me la hace más pequeña... Por quince liras... Quince liras...

—Pero ¿ahora tengo que poner yo de mi bolsillo o qué? —gritó Lamarra con tono de falsa ira, ya conmovido por aquella insistencia, por aquella palidez, por aquella voz.

—Ponga de su bolsillo; que sea un acto de caridad, más bien. Yo no tengo más que quince liras —concluyó ella en voz baja, embargada por la humillación, casi como si hubiese pedido una limosna.

—Bien, de acuerdo —aceptó el florista de pronto.

Guardaron silencio. Ella tenía la mirada gacha y se apoyaba contra la pared. Sacó sus quince liras y el ojo agudo del florista vio al momento que en aquel pequeño monedero, en efecto, no había más que otras tres liras.

—¿Adónde tengo que enviarla? —dijo él.

—Me la llevo yo, me la llevo yo.

—Aún no está lista.

—Esperaré.

Él se fue, pasó a la otra estancia, regresó.

—¿La ha encargado? ¿Cómo la ha encargado? —preguntó ella, ansiosa.

—De crisantemos blancos.

—¡Ah!, de acuerdo. Ponga alguna rosa...

—Rosas de Damasco, si le parece, de esas puedo meter.

—Sí, sí, alguna rosa, por favor.

El florista se fue de nuevo. Carmela Miniño permaneció, paciente, entre la gente que iba y venía, en la parte frontal de la tienda, en una esquina de aquel ambiente húmedo repleto de flores mojadas y de hierba pasada por agua, quieta entre las fragancias tan sutiles de aquellas flores otoñales.

Cuando regresó, Lamarra se acercó a Carmela para tomar de la vitrina un manojo de rosas blancas, rosas de invernadero, magníficas, y comenzó él mismo a anudarlo por debajo de una gran palmera verde, con sabio cuidado.

—¿Esa corona es para su madre? —preguntó, curioso pero benigno, el florista.

—No —repuso Carmela Minino—. Para mi madrina.

—¡Oh! ¿La quiere mucho, entonces?

—Sí, mucho. Incluso a día de hoy la quiero.

—¿Era anciana cuando falleció?

—No, era joven y hermosa. Parecía un ángel —murmuró ella con los ojos entrecerrados, casi como si estuviera ante una visión celestial.

—¡No somos nada! —exclamó, filosófico, el florista—. ¿Murió hace poco?

—No, hace seis años. Yo tenía quince. —Y un velo de lágrimas le empañó los ojos.

—No lo piense —añadió el florista.

Siguió anudando las hermosas rosas blancas bajo la palmera. Después puso a su alrededor un lazo de muaré blanco donde estaba escrito en letras de oro: «Querida María, espérame. Carlo». Y Carmela Minino, que todo lo observaba, dijo:

—¿No se podría poner un lazo con una inscripción en mi corona?

—¡Sí, no nos llega para las flores y encima nos ponemos a escribir una carta! —exclamó con ironía Lamarra.

—¿Por lo menos el nombre? ¿Solo su nombre? —insistió la otra con las manos juntas, rogando.

—¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba Amina Boschetti —dijo ella, más bajo.

—¿Se llamaba como la bailarina? ¿Como nuestra Boschetti?

—Era ella mi madrina —añadió la pobre Carmela Minino, y dos grandes lágrimas le cayeron por las mejillas.

Él la miró muy sorprendido. La joven iba tan mal vestida, el paraguas que aferraba con la mano era tan viejo, sus guantes negros tenían las costuras tan blancas que el florista, al recordar a la luminosa diosa de la danza que había hecho delirar de admiración y de amor a las acaloradas plateas, casi no la creyó.

—Ella me ha ayudado en la vida y en la muerte —confesó Carmela, en un impetuoso tono de sinceridad—. Y yo debo tener eso presente siempre.

—Era una gran señora, buena, hermosa, generosa —respondió el florista.

—¿Usted la conocía, entonces?

—¡Sí! ¡Le llevaba flores al escenario algunas noches! ¡Ganaba dinero con los que se volvían locos por ella! Pero ella se reía de todos esos enamorados, me acuerdo. ¡Vaya noches! ¡Parecía un hada cuando bailaba!

—Ahora está muerta —añadió la muchacha con voz rota—. Como la conocía, le ruego que escriba el nombre sobre la corona, junto a las rosas.

Sonaba el cañón del mediodía cuando, cargando alegre con su corona, se dirigió a pie hacia la estación ferroviaria. Tras barajar todas las opciones con ese hondo y agudo razonamiento de la gente que tiene poquísimos dinero y que debe contar una por una sus monedas, había concluido que le convenía tomar el tren de la pequeña línea de ferrocarril Nola-Baiano. Había centenares de ómnibus que el 1 de noviembre ascendían laboriosos, cargados de personas, la colina de Poggioreale, donde estaba el camposanto, pero avanzaban con mucha lentitud; estaban siempre llenos, abarrotados,